

# Historia de un linyera Pozo del Diablo

Edgar Morisoli



**La Pampa lee**

Imagen de tapa: Reproducción de la obra original *Estación Ivanowsky* de Juan Pablo Morisoli, fotografía, 2004

"Historia de un linyera" y "Pozo del Diablo" de Edgar Morisoli

© Edgar Morisoli

*Obras cedidas por el autor para esta publicación.*

Colección: "La Pampa lee"

Diseño y edición: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, 2005

## HISTORIA DE UN LINYERA

Edgar Morisoli

a Mónica Luchese y Oscar Sosa Ríos

Se despertó bruscamente. El largo convoy carguero terminó de frenar, propagando ecos metálicos: entrechocar de paragolpes, chirriar de ruedas sobre los rieles, sordos quejidos de estructuras y maderas, sonar de cadenas... ¿Dónde estarían, por qué se habría detenido una vez más el tren, a deshoras y aparentemente en pleno campo? Habiendo partido de Ingeniero White en la madrugada anterior, el carguero avanzaba lentamente, con frecuentes y prolongadas paradas.

Tardó en volver en sí. Los muchos años, algún exceso en la ginebra con que se ayudaba a combatir el impiadoso y húmedo frío del otoño, el sueño que aún pesaba sobre sus párpados abotagados, le impedían entender qué pasaba, las razones de ese súbito despertar, en mitad de lo que prometía ser un viaje más de linyera -aburrido, interminable-, sin destino cierto y hacia donde el tren y los rieles lo llevaran.

Con gran esfuerzo de sus débiles brazos, entreabrió el portón corredizo del vagón en el cual viajaba a escondidas de guardas e inspectores. Afuera estaba oscuro todavía, si bien hacia el naciente se insinuaba una claridad lechosa, levemente rosada. Había niebla.

"Su" vagón se ubicaba hacia el extremo final de la "formación", así que al detenerse ésta, quedó muy distante de la estación, media-estación o apeadero (*"¡Vaya uno a saber qué será!"*, pensó el anciano), adonde estaban arribando en ese momento.

Asomando apenas la cabeza envuelta en una gorra con orejas, miró hacia delante y pudo divisar a lo lejos algunas sombras moviéndose en el andén, subiendo o bajando de la locomotora, siluetas apenas visibles a la luz de los faroles de señales y las linternas ferroviarias. Otras, se deslizaban a lo largo de los rieles, inclinadas, al parecer ocupadas en revisar los "bogies".

Volvió a su escondite, refugio y casi "hogar" móvil por unos días, ya que todo su haber era lo poco que llevaba consigo: una pava, un jarro, un mate, el corto asador "peludero", las escasas

y gastadas pilchas que llenaban su "mono" de trashumante.

En eso el tren arrancó con un fuerte sacudón, pero sólo fue para detenerse pocas decenas de metros más adelante, quizás para ubicarse mejor frente a la toma de agua. El movimiento lo acercó así a la estación y a quienes se atareaban en ella. Alcanzó a oír:

-*"Ya avisamos por telégrafo a Cayupán. Los mecánicos estarán esperando para ver si tiene arreglo. Les dije que la formación marchará a paso de hombre, así no sigue recalentando..."*

-*"Cosas de ferroviarios"*, dijo para sí. Dejando de lado toda cautela, se mostró francamente en el vano del portón corridizo, a la vista de los operarios. Nadie le hizo caso, absorbidos como estaban por otra preocupación, y seguramente sabiendo, desde el día anterior, que ese viejo de ojos celestes, canosas la barba y la melena, venía escondido en el vagón vacío, cerca del furgón de cola.

Miró hacia el otro lado de la estación, a los campos. La aurora enrojecía y doraba las nubes más bajas. Llanura, algunos médanos, esos árboles espinosos que aparecían de tanto en tanto, desde que salieron de Bahía Blanca. Y ovejas, muchas ovejas... Pensó en la remota y perdida Pomerania, aquella tierra natal que tantas veces cambió de mano: Prusia, Polonia, Rusia... Posen/Poznan. Allá también las ovejas -majadas con pastor, no como acá- junto a las riberas del Wartha, cuyas aguas cruzaban los bosques y la estepa en lenta marcha hacia el Oder.

-*"Aquello ya no existe"* -pensó el vagabundo- *"Aquí no hay ríos"*. Tras medio siglo de América, de fracaso en fracaso, ya nada lo conmovía profundamente.

Trató de ahuyentar los melancólicos recuerdos, volviendo la vista hacia la estación. Entre las últimas guedejas de niebla y los chorros de vapor que dejaba escapar la locomotora, distraídamente leyó el letrero.

-*"¿Ivanowsky? (\*) ilvanowski!"* Fue como una campanada que sonara en pleno cerebro, como un golpe de hielo y fuego sobre el corazón.

-*"¡Yo soy Teófilo Ivanowski!!"* -casi gritó, en una mezcla de desesperación y exaltación- *"¡Ése es mi nombre, el mío!"*

\* Grafía del letrero del andén.

(Una sucesión de imágenes se arremolinó en su mente, sacudida hasta la raíz, totalmente despierta ahora hacia su pasado. Aquel reclutamiento en Montevideo, que un presunto marqués de Castiglioni realizaba por cuenta del gobierno de Buenos Aires, por el sistema "de enganche", buscando mercenarios que permitieran reforzar la defensa de la ciudad, sitiada entonces por las tropas de la Confederación. A él, a Castiglioni ("*Ese marqués de opereta, seguro que cobraba per cápita enganchada!*", maldijo), le había entregado su credencial, sus papeles, para que le confeccionaran el pasaporte. Pero al momento de embarcarse para cruzar el Plata, se arrepintió. Muy joven aún, tuvo miedo de la guerra y no se presentó. Un desertor, eso fue. Y a causa de la deserción, jamás recuperó sus papeles. ¿Qué destino habrá tenido su pasaporte?

Sin él pasó a ser nadie, un indocumentado. Lo borraron del mundo y de la historia. Sin conocer el idioma, viviendo de changas mayormente rurales, de ocupaciones míseras, transitorias, del favor o la piedad ajenas, vagabundé por la Banda Oriental y luego por Entre Ríos, Santa Fe -donde florecían las nuevas colonias-, como bracero "golondrina", de cosecha en cosecha. Más tarde rumbeé hacia el Sur. En algunas estancias le permitían quedarse "tumbeando" por unos días; en otras, le echaban los perros. Ya sin fuerzas ni salud, minado por el alcohol, entré a viajar de polizón en los trenes..)

-"*¡Yo soy Teófilo Ivanowski!*"", alcanzó a repetir una vez más en voz bien alta, que de pronto se quebró en sollozos.

El tren ya partía, muy despacio, hacia Cayupán. Los ferroviarios que lo escucharon movieron de un lado a otro la cabeza, y posiblemente pensaron:

-"*El viejo está borracho. No sabe lo que dice.*"

.....

El Viejo no hablaba borracho, porque si lo había estado antes, la conmoción sufrida le restituyó una cabal lucidez. No estaba borracho y sabía muy bien lo que decía. Lo que gritaba. Lo que sollozaba.

Lo que no sabía el Viejo eran otras cosas. Ignoraba que su pasaporte, y con él su nombre, su identidad, su pasado, fueron

usurpados -o se lo obligó a ello, en el momento del reclutamiento-, por otro súbdito prusiano (en ese caso no de origen eslavo sino alemán: Enrique Reich o Karl Reichert, según distintas fuentes), quien bajo el ajeno apelativo hizo una brillante carrera militar en la Argentina. Desde soldado raso ascendió, ganando siempre sus grados en el campo de batalla, hasta alcanzar a general.

Ignoraba que el apropiador, voluntario u obligado, de su nombre, se batió en el sitio de Buenos Aires, en la "Frontera" del Azul, en Cepeda, en Pavón, en la Guerra del Paraguay (o de la *Triple Infamia*, según Alberdi), donde luchó con increíble valentía en Estero Bellaco, Tuyutí y Boquerón, y en la inicua "pacificación" a sangre y fuego de las últimas resistencias del Interior Federal, para ser finalmente designado Jefe de Frontera Sur de Córdoba y San Luis. Su foja de servicios hablaba de "valor temerario".

El Viejo desconocía, asimismo, que quien detentó durante veinte años su nombre, moriría en su propia ley, a bala, eliminado por los sediciosos de Arredondo, cuando con Mitre y Rivas se alzaron en armas contra el gobierno constitucional de Sarmiento, al saberlo leal a toda prueba al Presidente, e incorruptible.

Ignoraba entonces el Viejo, y seguramente lo ignoró hasta el fin de sus días, que su nombre -a través del *Otro*-, no sólo figuraba en ese letrero de una desolada estación ferroviaria de La Pampa Central, pocas leguas al sur de Catrillo.

Desde hacía más de treinta años, en el cementerio de Villa Mercedes (hacia donde, sin él sospecharlo, se dirigía aquel tren), un pequeño monolito guardaba los restos del General "Teófilo Ivanowski": las inscripciones consignaban las fechas en que ingresó al ejército porteño (2 de abril de 1853), y en que cayó abatido por las balas facciosas (24 de septiembre de 1874). Posteriormente, al cumplirse el centenario de esta última fecha, desorientadas entidades de residentes polacos en la Argentina colocarían placas que rinden homenaje a su *compatriota*.

*(En recuerdo del amigo Pedro Orgambide, que escribió la historia del Otro, del falso Ivanowski, esta soñada estampa del Verdadero.)*

## POZO DEL DIABLO

Edgar Morisoli

### 1

Era una aguada nueva. Como alguna otra de la comarca, había sido alumbrada accidentalmente, por una de las tantas perforaciones que practicaban los "petroleros" para sus estudios geofísicos. Ubicada en plena Meseta Basáltica, a varias leguas de Gobernador Ayala, cuando llegamos allí -tripulando una sufrida "estanciera" color verde, bautizada por eso "La Lora"-, el lugar no estaba solo. Junto a la aguada, sentado en un mandil, el Diablo mateaba tranquilo y sin apuro.

Cerca pastaban los caballos, y una pequeña majada -apenas una "puntita" de chivas-, lo hacía más allá, dispersa por las lomas pedregosas. Nos anunció el torear de los perros, pronto acallados por un enérgico chistido. Fuimos invitados a apearnos.

Hospitalario como buen hijo del desierto, el Diablo nos recibió y nos hizo los honores en su humilde *real*, poco más que un fogón al reparo de un gran piquillín y un grupo de mastasebos. Recados y sogas, sobre una piedra. Algunos cueros montaraces, estaqueados en el suelo. Una cancana de jarilla clavada junto al rescoldo y mostrando todavía hilachitas de grasa del desayuno campero, completaba la precaria impronta de "ocupación" en medio de ese escorial desolado. El sitio era alto, fragoso, seco, expuesto a todos los vientos. Como decían los viejos Cronistas de Indias, "*unas peñas dadas a la ira de Dios*", a punto tal que la ubicación del *real* sólo se explicaba por la milagrosa presencia de la nueva aguada, cuya boca -a falta de brocal-, tapaba una rústica laja de basalto, de las tantas que afloraban en torno.

Hacia el poniente, la silueta azul de la Sierra de Chachahuén modulaba en silencio su estrofa de lejanía.

### 2

La verdad es que arribamos allí descaminados, por no decir perdidos. El dédalo de las picadas petroleras -recientes en esos tiempos-, era capaz de desorientar al más pintado, pese a su trazado "geométrico". Pero resultó que nuestra referencia, Puerta de la Mesilla, tardaba en aparecer en el horizonte y así, queriendo

ahorrar camino y "cortar al sesgo" por medio de alguna de esas picadas, fuimos a dar...al Pozo del Diablo.

Tras los saludos y ya sentados -sobre piedras y recados-, al ruedo del fogón, el Diablo confesó su sorpresa:

-Es que nadie viene del lao que han llegao ustedes... Cuando empecé a oír, hace rato, el roncar del motor, me pareció raro, porque meterse por esas picadas nuevas, si uno no conoce, es pa' pior... Encima, van a pinchar cubiertas a lo loco, el renuevo de alpataco es muy bravo, harta espina... cuando pasan la topadora rebrota con todo... y el palo verde de jarilla, quebrado por la máquina, es como daga, más bravo todavía... Y díganme, si no se ofenden... ¿para dónde rumbean?

-Mire, amigo, vamos para Puerta de la Mesilla, tenemos que ubicar un mojón del Instituto Geográfico Militar.

-¡Ah, sí, lo conozco! He pasao por allí, campeando animales: es un lindero alto, de piedras, tiene como una mesita de fierro adentro... ¿Así que eso es lo que buscan? Claro, ustedes son ingenieros, mensureros... ¿No andarán, perdonen, por cuestión de deslinde de los campos? Por acá hay mucho "fisco", según dicen...

Cuando le explicamos que nuestra misión no era de mensuras, el Diablo pareció aliviado, desechó alguna duda y pasó a explicarnos el mejor camino para llegar a nuestra meta sin perdemos.

-Miren, por esta rastrillada nueva que han marcao los camiones de Y.P.F. cuando perforaron el pozo, de aquí a quinientos metros van a cruzar la huella vieja que va para Quircacó. Ésa es la que ustedes tienen que seguir, sin apartarse. De Quircacó busquen al poniente, hasta llegar al Agua Rica, y allí el puestero los va a endilgar, él conoce bien. Es todo camino firme, camino antiguo, bien trillado. No hay espina. Alguna piedra un poco alta, eso sí, en la entrehuella... tengan cuidao. Y del Agua Rica van a tomar de nuevo al Norte, a las dos leguas, ya se devisa la Puerta de la Mesilla. No hay forma de perderse.

Tomamos los últimos mates, dimos las gracias y proseguimos viaje.

### 3

Pasada la media tarde y ya cumplidas las tareas topográficas en Puerta de la Mesilla, emprendimos el regreso. Con el camino conocido, la vuelta resultó mucho más corta que la ida.



Cuando estuvimos a la altura del Pozo del Diablo, decidimos entrar para saludar y agradecer las precisas indicaciones, gracias a las cuales habíamos localizado sin tropiezos el Punto Trigonométrico y ejecutado nuestro trabajo.

El hombre estaba solo, junto a un galgo negro que no recordé haber visto a la mañana, de pie junto al fogón agonizante y envuelto en un poncho oscuro, de paño, de los llamados "de Castilla", tan comunes más al Oeste, hacia la Payunia y las cordilleras del sur cuyano o el norte neuquino. El chambergo echado sobre los ojos.

La corta tarde de invierno ya declinaba, y empezaba a hacer frío. El último sol proyectaba nuestras siluetas sobre un bajo farallón de basalto, alargándolas cada vez más... El viento mecía las ramas altas del monte.

De pronto, una vaga inquietud se apoderó de mí, un desasosiego aparentemente inexplicable. La sensación de que algo anómalo estuviera ocurriendo, aunque no acertaba qué. Apuré a mi compañero con el pretexto de la noche próxima. Nos despedimos del puestero, a quien noté silencioso, casi hurraño en comparación al recibimiento matinal, pero no di mayor importancia al detalle.

#### 4

Tras un par de horas de viaje llegamos a la ruta, y ya en ella todo fue más fácil. Por fin alcanzamos el borde de la barda, y desde allí vimos el valle, las luces arracimadas del pueblo y, más aisladas, entre las alamedas por ese tiempo desnudas, las de algunas chacras. Se podía decir que ya estábamos en casa.

Una vez abajo decidimos pasar por el almacén a comprar algo de provisiones para la cena. Nos quedaba de camino.

Al entrar al amplio salón, recibimos una sorpresa mayúscula. Algo que nos dejó atónitos, perplejos. Acodado en el mostrador donde se despachaba por copas... ¡estaba el Diablo, el "Diablo" González! ¿Cuándo había llegado?

¿Cómo había hecho para estar allí antes que nosotros, si lo habíamos dejado en el jagüel apenas dos horas antes? ¡Ni el mejor flete...!

Él nos saludó cordialmente, nos invitó a una "vuelta" y comentó:

"-¿Y encontraron el lindero, ese mojón que buscaban? ¿No se volvieron a perder?... Al ratito nomás de haberse ido ustedes llegó un ambulante. Le vendí unas pieles de zorro que había cazado (no mencionó las de gato montés -que yo había visto- y cuya caza estaba prohibida), y aprovechando el camión me vine pa' las casas, así les traje carne y una carguita de leña fuerte, piquillín..."

No le pudimos rechazar el *obliga* -es falta grave, ofensa que los paisanos no perdonan-, pero no bien terminamos nuestros vinos dejamos el salón, y cargando la mercadería emprendimos el último tramo del viaje, mudos ante la sorpresa recibida.

Sólo se oía el ruido del motor de la "estanciera", y el viento. Ninguno quebraba el silencio. No había explicación posible para lo visto y vivido. Si el "*Diablo*" González estaba allí desde el mediodía, ¿quién era, entonces, el emponchado que nos atendió cuando pasamos por el *real* y lo tomamos por él, tan parecido...?

Mi compañero, como adivinándome el rumbo del pensamiento, preguntó:

"-Pero... ¿era de veras tan parecido? Acordate que el sol se estaba poniendo, la única luz era la del fogón... y además, envuelto en aquel poncho de Castilla, el chambergo sobre los ojos... ¿estamos seguros de que era él?"

Seguimos marchando, callados. De pronto, me di una palmadita en la frente y recordé un detalle, el detalle que acaso motivara aquella súbita desazón sin causa aparente... recordé el **detalle** que no alcancé en el momento a razonar, a llevar a nivel consciente, y vi de nuevo, con toda nitidez, la escena de esa misma tarde: el sol poniente, nosotros parados junto al fogón, las siluetas del grupo proyectadas, alargadísimas, sobre el farallón de basalto... ¡Las siluetas, sí, pero que eran sólo dos: las nuestras!

Ni el emponchado ni su galgo negro hacían sombra.

(a don Pedro *Diablo* González, en su cielo paisano)

---

## EDGAR MORISOLI

---

Nació en Acebal (Santa Fe), en 1930. Reside en La Pampa desde 1956. Ha publicado diez libros de poesía entre 1957 ("Salmo Bagual") y 2003 ("La lección de la diuca").

Los relatos aquí seleccionados pertenecen a la serie "La memoria y sus ráfagas", incluida en el libro de próxima aparición "Última rosa, última trinchera" (Ediciones Pitanguá, Santa Rosa).

En el año 2005 le fue otorgado el Tercer Premio Nacional de Poesía por su libro "Cancionero del Alto Colorado" (1997).

---

Material de distribución gratuita. Prohibida su venta.



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*  
**EDUCACIÓN**  
CIENCIA y TECNOLOGÍA

Ministerio de Cultura y Educación



**GOBIERNO DE LA PAMPA**

